EL REMORDIMIENTO

PASILLO FILOSÓFICO

ORIGINAL

DE

HELIODORO MARÍA JALON.

MADRID.
LIBRERÍA DE T. SANCHÍZ,
plaza de Matute, 2.

Al eminente actor Don
Emilio Mario
El autor

EL REMORDIMIENTO

PASILLO FILOSÓFICO

ORIGINAL

DE

HELIODORO MARÍA JALON.

MADRID.
IMPRENTA DE ALVAREZ HERMANOS,
calle de San Pedro, núm. 16.

1876.

PERSONAJES.

Juan, sereno.
Gil.
D. Blas.
Ginés.
El Marqués.
Un obrero.
Su mujer.
Un hombre del pueblo.
Varios serenos.

El teatro representa una calle. En primer término, á la izquierda del actor, se vé la puerta de una taberna. A la derecha un farol. Aparece Gil tendido en segundo término á la izquierda cerca de la puerta de la taberna. Juan entra por la calle que hay en segundo término á la derecha.

Escena I.

JUAN.

¡A lo que obligas, fortuna,
al que se encuentra cesante!
Estoy en cuarto menguante
como se encuentra hoy la luna.
¡Yo sereno! A la verdad
que es un sarcasmo asesino.
¡Yo, que al perder el destino,
perdí la serenidad!
Y tambien lo que, á fé mia,
es peor aún, segun creo,
pues perdí con el empleo,
el buen nombre que tenia.
Yo era ántes todo un buen chico,

mas hoy, ¡mísero de mí!
me llaman perdido aquí
y allá me llaman borrico.
No es mi disgusto profundo,
aunque el cambio es algo fuerte,
que al desprecio de la suerte
sigue el desprecio del mundo;
Que aunque la razon se endiosa,
—áun viviendo entre cadenas—
y confiesa á duras penas
que hay superior otra cosa.....
el hombre así, con desden,
de la razon en desdoro,
adora al Becerro de Oro
y al Dios Exito tambien.
¿No pudo usté hacer un dia
economías honrosas
en épocas venturosas
ántes de la cesantía?
me preguntó cierta noche
uno, que cuando á mí acude
siempre es en son de reproche,
y le respondí: no pude,
porque invertia un caudal
en la imperiosa exigencia
de sostener con decencia
mi posicion oficial.
¡Ay! De la desgracia el peso
sufre mi familia ahora,

y con mucha razon llora
y se queja, lo confieso.
Mi gran posicion perdila,
y hoy..... más mi carro se atasca,
pero en tan fiera borrasca
mi conciencia está tranquila.
Si más la tormenta arrecia,
diré con ánimo fuerte:
achaques son de la suerte,
no de mi conducta nécia.
Mas dejemos reflexiones
y cantemos otra vez,
y marchemos calle abajo
que se me enfrian los piés.

(Al marchar Juan por la calle de la izquierda, tropieza con Gil.)

Pero ¿qué tropiezo aquí?

Escena II.

JUAN Y GIL.

GIL. ¿Qué es eso? Muñoz, Andrés,
JUAN. El lecho no es muy mullido;
la vista levante usted
y contemplará esa bóveda.....
GIL. ¿De la bodega, tal vez?
¿se habrán burlado esos tunos?
JUAN. (Continua la embriaguez)

GIL. Pero ¿qué es esto! ¡Si estoy
tendido en la calle!

JUAN. Pues,
levántese y paso á paso,
si es que se puede tener,
venga usted conmigo. Arriba. *(Se levanta Gil.)*
Pronto se puso V. en pié.

GIL. ¡Qué trasformacion! Há poco
dando iba cada traspiés.....

JUAN. Es claro, el sueño disipa.....

GIL. *(Saca un cigarro y le enciende en el farol del sereno.)* Voy, con permiso, á encender.....

JUAN. ¡Calle, usted es mi vecino
de la boardilla!

GIL. Y usted
Juan el sereno. Don Juan
en tiempos mejores. Bien
le conozco á usté.

JUAN. ¡Ah! vecino,
¡quién lo habia de creer!
Un gañan que por costumbre
bebe un vaso y bebe cien,
y por costumbre se embriaga
con gran frecuencia se vé;
pero un hombre con más luces
que un monumento..... que há diez
años que pasa por sábio.....

GIL. No tanto.

JUAN. Perdone V.

Yo hablo por boca de ganso;
me lo contó así Ginés
el portero; mas, volviendo
á lo que importa, diré
que es extraño.....

GIL. Soy un Diógenes,
Juan, para servir á usted,
y no es extraño por eso
que rinda culto á un tonel.
En las regiones abstractas
vivo; me entrego al monólogo;
soy poeta y soy psicólogo,
y ódio las ciencias exactas.
Casi he venido á gastar
mi existencia en comprenderme
y lo he podido alcanzar;
lo que no pude lograr,
amigo Juan, fué vencerme.

JUAN. ¡Comprenderse!

GIL. .....No lo asombre
á usted; que, á fé de mi nombre,
si le contase mi historia.....

JUAN. Sé que poco cuesta al hombre
aprenderse de memoria;
mas tambien suele olvidar
la leccion, y tengo acopio
de datos para probar.....

GIL. ¿Quién le impide recordar?

JUAN. ¿Quién le impide?... El amor propio.

GIL. No es usté, á la verdad, fiel;
no olvida el hombre· ¡olvidar!
el estudio que hizo él
de sí mismo, recordar
no quiere: hace lo que aquel
á quien el plomo homicida
hiere, y no es un despropósito,
y no levanta el apósito
por no verse así la herida.
Pero dejemos ya, Juan,
á un lado esta digresion;
seguiré mi relacion:
Yo soy casi un charlatan
que habla como un comadron,
á pesar de haber pasado.....
—esta vez fué como pocas;—
mas no hablo á tontas ni á locas
que hablo á un sereno ilustrado.
Mi loca imaginacion
es globo sin direccion;
mas debo ser imparcial,
al terreno de lo real
la hace bajar la razon.
Pero ¡ay! que á mi voluntad
—bien me conozco á mí mismo—
se le resiste en verdad
el salvar el gran abismo
que hay entre la realidad,
y lo que la mente crea,

y esto hace que ahora me vea
con un porvenir siniestro,
como el que tiene un maestro
de una miserable aldea.

JUAN. Esto me lo esplico todo,
mas no me esplico por eso
ese denigrante exceso
que hizo á usted poner beodo.

GIL. Que me hace; y dirá usted bien.

JUAN. Pero hombre, eso ya es baldon.

GIL. Me embriago una vez y cien
mas con premeditacion.
Sí, para aliviar mis males,
—¡ay! su suerte de usté envidio—
la embriaguez y el suicidio
vienen á ser casi iguales)
á la embriaguez, Juan, apelo,
que otro remedio no hallo.
Hacerme ha querido el cielo
de la desgracia vasallo,
y ya resistir no puede
mi dignidad... Tanta hiel
hay en mi vida; es tan cruel,
que al fin la dignidad cede.

JUAN. (Quiere defender su flaco,
pero si no puede ser...)
amigo mio, le escucho
con el mayor interés;
sus desgracias me conmueven,

y estaria oyendo á usted
si la obligacion...

GIL. Vecino,
agradezco su interés;
perdone usted mi molestia.

JUAN. Amigo Gil, no hay de qué.

GIL. Muy buenas noches; me voy
á meterme en mi tonel.

JUAN. ¿Cómo?

GIL. Me voy á mi albergue.

JUAN. Pues amigo, hasta mas ver.

Escena III

JUAN.

Es un ente original,
discurre bastante bien;
mas no, no tiene disculpa
esa pícara embriaguez
á que se entrega. Es filósofo;
mas le convendria ser
hombre práctico. Sigamos
nuestro rumbo.

Escena IV.

JUAN Y DON BLAS.

BLAS. ¿Juan?

JUAN. ¿Quién es?
Hola, D. Blas, esta noche
pronto se retira usted.
¿Está usted malo?

BLAS. En verdad
que no me siento muy bien;
tengo dolor de cabeza.

JUAN. Jaqueca será tal vez.

BLAS. Y lo siento.

JUAN. Ya lo creo.

BLAS. ¡Me daba el naipe tan bien!
Empecé á jugar diciéndome
esta noche jugaré
tan solo cinco minutos,
y los cinco fueron diez,
y los diez se convirtieron
en una hora, en dos, en tres.
Me apretó tanto el dolor
que al fin me determiné...
pero sí, en vez de ganar
llegado hubiera á perder;
no dejo el juego. ¡Qué suerte
he tenido! ¡Aquel entrés!
No me duele la cabeza
tanto: inclinado á volver
estoy; pero si me siento
muy mal!

JUAN. Mucho mejor es
que se vaya usté á acostar.

BLAS. Sí; mañana volveré,
decir debiera: no quiero
ya á ese garito volver;
¡hay tanto tahur! mas ¿cómo
la promesa cumpliré?

JUAN. A la verdad que es extraño.....
¿D. Blas, porqué juega usted?
Usted es hombre muy rico.

BLAS. Lo fui, ya no tanto.

JUAN. Bien.
Habrá usted, D. Blas, perdido
más de la mitad tal vez
de su capital; no obstante,
aún es usted rico.

BLAS. Y ¿qué?

JUAN. Y pudiera usted vivir
con lujo y explendidez,
distraerse honestamente
yendo al teatro, al café,
y protegiendo las artes
y dando bailes y tes.....

BLAS. Todo me aburre y me cansa
menos jugar.

JUAN. Puede usted,
para reemplazar el juego,
hacerse político.

BLAS. ¿Eh?
Al juego de la política
jamás, Juan, me aficioné,
porque he creido que siempre

en tal juego iba á perder.
Usted es hombre sensato
y comprenderá muy bien
lo que le voy á decir.
A nada me dediqué
jamás; y ántes de jugar
empecé al tiempo á perder;
la actividad de mi espíritu
desde luego la empleé
en pasajeros caprichos,
en futilidades cien.
Cansado de malgastar
tiempo y oro, me casé
sin que abrumara mi mente
ni tan siquiera una vez
el insaciable deseo
que á veces logra volver
loco á aquel que se apasiona:
mi corazon, virgen fué
de pasiones al altar,
y virgen siguió después.
Enmohecía el fastidio
mi espíritu: una languidez
fatal de él se apoderaba,
y le hacía padecer
porque queria luchar:
mas concluia por ser
vencido por su enemigo,
por el fastidio cruel.

Mi imaginacion verdugo
era para mí tambien,
y con armas bien pequeñas
me hería más de una vez.
Vivia muriendo, en fin,
y yo un remedio busqué.
Rendí culto á la pasion
del juego, y ántes de un mes
comprendí que era su esclavo;
no puedo vivir sin él.
Muchos propósitos hice
de no volver á coger
en mis manos una carta,
mas nunca los realicé.
Busco á veces por do quiera
quien me pueda distraer;
busco un móvil poderoso,
mas no puede ser y no es;
mi inclinacion, violentar
pretendo una y otra vez;
es inútil, siempre vence
y con ella moriré.

JUAN. ¡Don Blas, Don Blas; por la Vírgen!
¡Más esfuerzos haga usted
por vencerse! Puede mucho
la voluntad.

BLAS. Ya lo sé:
mas si lograra vencerme,
vuelta al fastidio cruel.

Es terrible enfermedad.
Si me fastidio ¿qué hacer?
JUAN. Y me ha estado usted diciendo
que una vez y veces cien
combatió con energía
esa pasion, y despues
añade..... vaya, Don Blas
se engaña, ó me engaña usted,
BLAS. Le juro á usted..... (pero ¿quién
me manda á mí explicaciones
dar á éste?) vuelve otra vez
el dolor..... Juan, buenas noches.
JUAN. Don Blas, que se alivie usted.

Escena V.

JUAN.

¡El fastidio! ¡Qué disculpa!
Nunca yo me fastidié.
Abandona á su familia.....
Deja sola á su mujer
sin que le importe un ardite
que se fastidie tambien,
y sigue, sigue jugando.....
¡Y el otro con su embriaguez!
Yo padezco, luego debo
para no sufrir beber,
dice Gil, el nuevo Diógenes;

—por no plagiarle tal vez
no va en un tonel metido
y lleva dentro el tonel,—
y Don Blas que se fastidia,
busca un remedio, que es
peor que la enfermedad,
mucho peor, ¿no ha de ser?
y se quedan tan tranquilos
los dos, cual si obraran bien.

Escena VI.

JUAN, DON BLAS Y GINÉS.

BLAS. Bribon, tunante, agradezca
que no le he matado allí.
GINÉS. Suélteme usted.
JUAN. ¿Qué sucede?
BLAS. Este ladron, ¡hombre vil!
que me ha querido robar;
pero yo, que llevo aqui
siempre un rewólver, le hice
morder el polvo. En un tris
estuvo que no me diera
con un puñal.
GINÉS. (¡Ay de mí!)
Si no llevaba arma alguna.....
JUAN. Yo registraré. Infeliz
de tí si algun movimiento

haces: nada encuentro.

BLAS. Ahí
se lo entrego á usted. Mi vida
estuvo, Juan, en un tris.
¡Qué bribon! sin causa alguna
á un hombre de bien, así
acometer!

GINÉS. ¡Ah! ¡señor,
compasion de un infeliz!
¡Mi mujer, mis hijos de hambre
se mueren!

BLAS. Pues á pedir
ó á trabajar (si querrá
disculpar aún.....)

GINÉS. Pero si.....

BLAS. Juan, buenas noches.
(Mi vida estuvo en un tris),

Escena VII.

JUAN Y GINÉS.

GINÉS. Le pido á usted por la Vírgen
que me deje usted marchar.
Soy honrado, muy honrado,
honrado como el que más.

JUAN. Vamos, que no es un sereno
ningun juez ni tribunal.....

GINÉS. Mire usted que yo no soy

ni he sido ladron jamás.
Yo viví de mi trabajo
algun tiempo; fuí auxiliar
sin sueldo en una oficina,
y he vivido años atrás
con corto sueldo, mas siempre
como hombre honrado. Gaspar
Ginés, donde quiera siempre
ha pasado como tal.

JUAN. ¿Gaspar Ginés?

GINÉS. Es mi nombre.

JUAN. ¿Ginés?..... Quiero recordar.....
Así se llamaba un jóven,
—un muchacho muy formal—
auxiliar de mi oficina;
de esto hace algun tiempo ya.

GINÉS. ¿Ha sido usted empleado?

JUAN. Lo he sido, sí.

GINÉS. ¿Usté es Don Juan
Castroverde y Perez Monte?

JUAN. Yo era entónces Don Juan; mas
ahora soy Juan á secas.

GINÉS. He oido de usted hablar,
de su larga cesantía
y de su suerte fatal.

JUAN. *(Aproxima el farol al rostro de Ginés)*
Sí; usted es Ginés. Su rostro
de V. muy cambiado está.

GINÉS. He sufrido mucho, mucho.

Como sabe usted, jamás
pasé yo de un corto sueldo.
De barbero de un lugar
me trasformé en escribiente.

JUAN. ¡Magna trasformacion! Mas.
á decir verdad, en España
mayores se han visto ya.

GINÉS. Fué realizada por arte
de una influencia electoral.
Poco me duró el empleo.

JUAN. En un arreglo quizá.....

GINÉS. Moralmente me mataron
de una plumada no más.

JUAN. ¿Y volvió usté á ser barbero
en su mísero lugar?

GINÉS. Yo regresar á mi aldea,
y volver..... eso, jamás.
De mí se hubieran reido.

JUAN. ¡Oh mísera vanidad!

GINÉS. ¡Cuánto he sufrido! Esta noche
mi desventura era tal,
que estaba desesperado:
no tenia qué cenar,
y hacia veinticuatro horas
que no comia ni pan.
Mi mujer lloraba mucho,
mis hijos lloraba más.
me lancé á la calle, loco;
emprendí lucha tenaz

con mi amor propio, y al cabo
imploré la caridad
de uu caballero. Con voz
temblorosa y hondo afan
le dije: ¡por Dios, señor,
una limosna! y el tal
me contestó: aparta á un lado,
quita de enmedio, holgazan,
y, empujándome, caí
en medio de un lodazal.
Me levanté, y al principio
atontado quedé, mas
luego en ira se encendió
mi corazon, y al pensar
que la sociedad desprecia
al que en la necesidad
de implorar su proteccion
se vé, porque herido está
por la despiadada mano
de la dcsgracia tenaz,
lleno de rencor maldije
mil veces la sociedad.
Lloré lágrimas de fuego,
y con rabia sin igual,
me acerqué á uno que pasaba
con tan violento ademan,
que, asustado, al punto dió
algunos pasos atrás.
No sé lo que yo le dije;

frases de un loco quizá;
amenazas..... es que entonces.....
le digo á usted la verdad.
si tengo un arma, le mato.

JUAN. ¡Hombre, por Dios!

GINÉS. Era tal
mi desesperacion. No
sabe usted lo que es pasar
tan crueles amarguras.

JUAN. No pueden tener jamás
disculpa actos como el que
usted iba á ejecutar;
y, si usted pensara un poco,
veria que nadie mas
que usté es quien la culpa tiene
de su situacion fatal.
Busque usted trabajo, amigo;
arroje la vanidad
á un lado; es pasion de lujo
que entre harapos sienta mal;
que si estos dan compasion,
con vanidad risa dan.
Mas basta de digresiones.
Su familia de usted pan
pedirá: vaya á comprarlo
con esto.

GINÉS. Cómo pagar.....

JUAN. Harto pequeña es la dádiva;
soy pobre y no puedo más.

GINÉS. Yo agradezco.....
JUAN. Marche usted,
su familia pide pan.
Yo sigo toda esta calle
que tengo que vigilar.

Escena VIII.

GINÉS.

Con esta limosna hoy puede
mi familia tener pan,
pero, ¡y mañana! mañana
la Providencia dirá.
En este valle de lágrimas
lucha el hombre sin cesar,
y si cae rendido y tiende
su mano, hallará quizá
un infame que le escupa.
Yo soy honrado: jamás
cual vil harapo arrastré
mi honra, pero era tal
la rabia que en mi produjo
aquel ínsulto procaz;
tal cólera hizo nacer
en mi ofensa tan brutal,
y mi desesporacion
era tan terrible..... mas
álguien se acerca; marchemos. *(Vase).*

JUAN. *(Al presentarse en escena.)*
Descúbrete, ó voto á San..... *(al Marqués).*

Escena IX.

JUAN Y EL MARQUÉS.

JUAN (Lo que es este no se escapa). *(Aparte).*
MARQ. (Probaré. El peligro arrostro.) *(Aparte).*
JUAN. No oculte ya más el rostro
con los pliegues de su capa.
Mas ya cansándome voy,
y ¡vive Dios! que le rajo. *(Le amenaza).*
Basta ya de hacer el majo. *(Le descubre).*
¡El marqués!.....
MARQ. El mismo soy,
Juan, mucho silencio.
JUAN. Admiro
su agilidad; por mi abuelo,
que si no se arroja al suelo
pronto, lo mato de un tiro.
Y en verdad fué bueno el salto;
mejor no le dá un gimnasta,
señor marqués.
MARQ. ¡Por Dios, basta!
No hable usted, por Dios, tan alto.
JUAN. Nadie pasa.
MARQ. ¿Algun ruido
llegó á sus oidos?

JUAN. No.
MÁRQ. ¿De nada se apercibió?
JUAN. ¡Ah! ya: conozco al marido.
¡Pobre D. Blas! De temer
era lo que ahora le pasa.
Con lo que pasa en su casa,
aunque gane, ha de perder.
El, su casa abandonando,
va á jugar, y de aquí infiero
que será en su casa un cero,
pues pasa el tiempo jugando,
—que este vicio se permite
como un perdido cualquiera—
mas si él es cero. ella es cera
que por usted se derrite.
Tambien usté en ocasiones
juega, mas siempre á las damas.
No se anda V. por las ramas.
aunque sí por los balcones.
Vaya un encuentro; aún me dura
la impresion.
MARQ. Basta de chanza.
JUAN. Perdone V. la confianza
que há tiempo con V. tengo.....
MARQ. Bien Juan; mas comprenderá,
porque tiene buen criterio,
que es para tratado en sério
lo que pasándome está.
JUAN. Del buen sentido al través,

el suceso de esta noche
es un amargo reproche
para usted, señor marqués.
Cuando reina impuro amor,
cuando la pasion impera,
aunque ofrezca, lisonjera,
coronas al vencedor,
nubes tan solo eslabona
y al fin la tormenta estalla.

MARQ. Pero la razon perdona
y la conciencia se calla.

JUAN. Es que entonces la razon
esclava es, y esto es distinto.

MARQ. Vá el hombre tras la pasion
porque le lleva su instinto
propio de conservacion.
Cuando con ruda violencia
la pasion nuestra alma hiere
y el hombre contener quiere
su frenética demencia,
tal sufre su corazon,
tal es su horrible penar,
que, dejando de luchar,
se abandona á su pasion.
Siempre apasionado fuí,
y el amor ¡dulce tormento!
ocupó mi pensamiento,
sin que arrojarle de mí
pudiera por un momento.

JUAN. ¡Por Dios! baje usted la voz
me toca decirle ahora.
Veo que V. mucho adora,
pero adorando es atroz.
Santifica usted el delito.
¡Usted tan bueno,—me irrito,—
tener amor tan bellaco!
Como todos. Un bendito
prescindiendo de su flaco.
MARQ. (Jamás emprender podrá....)
(¡y me viene con reproches!)
Adios, Juan.
JUAN. ¿Se va usted ya?
MARQ. Sí: pronto amanecerá.
JUAN. Señor marqués, buenas noches.

Escena X.

JUAN.

Le ha escocido mi franqueza.
El se escuda con su amor;
pero su amor es culpable,
pero su amor es atroz.
V. DTR. ¡Que me mata, que me mata!
JUAN. ¡Ola! Esto es serio.

Escena XI.

JUAN, UN OBRERO Y SU MUJER.

MUJER. ¡Por Dios!
¡sereno ampáreme usted!
OBRE.º ¡Si te he de matar!.... *(La amenaza)*
MUJER. ¡Bribon!
JUAN. ¡Eh! poco á poco ¡matar!
¿cómo se entiende? Si no
se contiene usted, muy mal
lo ha de pasar ¡vive Dios!
A una mujer maltratando
de ese modo ¡heróica accion!
OBRE.º Es mí mujer, y ninguno.....
y creo que entre ella y yo.. ..
MUJER. Sí señor, es mi marido,
pero es un marido atroz.
OBRE.º ¡Mira, que.....! *(La amenaza)*
JUAN. Las manos quietas.
Y ¿por qué tanto furor?
OBRE.º Mi mujer es muy insultante,
me llama pillo, ladron,
borracho; tiene una lengua
que, á veces, parece dos.
Es además holgazana,
es además..... qué se yo,
porque tiene tantas faltas....

Yo la reprendo, señor,
y con palabras procuro
hacerla entrar en razon;
y la llamo deslenguada,
sin vergüenza..... qué se yo.....
pero ella erre que erre
hasta que al cabo la doy.....
y no encuentro otro remedio
para domarla, sinó
le juro que no la diera
ni siquiera un bofeton,
que la quiero mucho, mucho.

JUAN. ¡Que la quiere usted! pues no
da usted pruebas de quererla:
harian más impresion
en ella buenas razones,
y probarian que amor
profesa usté á su mujer.

OBRE.° Pues ¿no dicen que obras son
amores y no razones?

JUAN. Mas, no las de usted ¡por Dios!
O ¿cree usted que las obras
de misericordia son?

MUJER. Y si yo te insulto, dí,
¿sabes por qué es?

OBRE.° Qué se yo.....

MUJER. Porque eres un holgazan
de los de marca mayor,
que trabaja poco ó nada

un dia sí y otro no.
OBRE.º Yo trabajo lo que puedo;
si á mí me encuentra el Pelon
y me convida á echar media,
¿quiéres le diga que no?
Voy con él, y entre el cigarro....
luego la conversacion....
Y si el Pelon me convida,
¿no he de convidarle yo
al otro dia?
MUJER. Tú siempre
serás, Juan, un borrachon.
OBRE.º Mala lengua. . sino fuera... (*La amenaza.)*
JUAN. Poco ruido ó van los dos
á la cárcel.
VS. DT. ¡Detenedle!
JUAN. Esta noche ¡vive Dios!
suelto anda el diablo.

Escena XII.

DICHOS, UN HOMBRE DEL PUEBLO Y VARIOS SERENOS.

JUAN. (*acercándose.)* ¿Quién es
este hombre?
U. SE.º Es un gran bribon.
H. D. P. ¡Yo bribon! ¿Por qué?
U. SE.º Silencio.
HOMB. Si mi mano castigó

á ese hombre, fué porque él
me llenó á mí dc baldon
y con fingidas promesas
á mi hermana deshonró.

U.S. A J Es la víctima el marqués.
del Sauce.

JUAN. ¡El marqués! ¡Qué horror!
A la cárcel pronto.

SERE.º Vamos;
en marcha.

H. D. P. Dispuesto estoy.
Estoy tranquilo, pues ya
borré mi afrenta.

SERE.º ¡Chiton!

MUJER. Como ese te has de ver tú *(al obrero)*

OBRE.º Ese es un mal hombre, y yo,
al medirte las costillas,
cumplo con mi obligacion.

Escena XIII y última.

JUAN.

Mi afrenta he borrado, exclama
satisfecho el matador;
al medirte las costillas
cumplo con mi obligacion,
dice el otro, y muy tranquilo
con su mujer se marchó;

el pobre marqués queria
disculpar su impuro amor
como una necesidad
de su ardiente corazon;
Ginés se vió convertido
por un despecho feroz
en criminal miserable.
y en su triste situacion
su causa fundó; Don Blas
en que es su fastidio atroz,
y mi vecino decia
que era el alivio mayor
de sus penas, la embriaguez:
no son estos solos, no,
los que con el amor propio
quieren cubrir la razon
y la conciencia; que el hombre
siempre una disculpa halló
para su odioso delito
ó su mísera pasion.

(Dirigiéndose al público.)

Dicen que es el atroz remordimiento
inexorable juez que, sin clemencia,
condena del malvado á la conciencia
á sufrir sin cesar rudo tormento.
Dicen que es un dolor terrible y lento
que consumiendo va nuestra existencia,
verdugo que ejecuta una sentencia,
y otra porcion de cosas que no cuento.

Y yo soy de opinion, aunque os asombre,
que es el remordimiento casi un mito,
y que apenas si le hay mas que en el nombre:
¿Cómo existir de la conciencia el grito
si en el mundo quizá no exista un hombre
que no encuentre disculpa su delito?

